

JUAN B. FUENTES. *La impostura freudiana. Una mirada antropológica crítica sobre el psicoanálisis freudiano como institución*. Madrid: Ediciones Encuentro (2009).

Natalia Sofía García Pérez

*La impostura freudiana*, que presenta una crítica radical y exhaustiva del psicoanálisis freudiano como institución —como una institución que puede surgir y arraigar en un determinado contexto histórico-social— constituye el primer libro con el que Juan Bautista Fuentes, autor por lo demás de una ingente cantidad de artículos académicos, se presenta, en el momento de su madurez intelectual, al debate público. Y, sin embargo, cabría temer que precisamente la radicalidad y exhaustividad de su crítica condenen su obra a una respuesta que no esté a su altura, siendo meramente alabada por aquellos que ya denostaban a Freud o bien intencionadamente ignorada tanto por los institucionalizados, por no hablar de los terapeutas, como por aquellos que desde ámbitos académicos o intelectuales siguen reivindicando que *hay que leer a Freud*, pretendiendo que hay en su obra alguna clase de sustancia teórica, que Juan Bautista Fuentes le niega sin paliativos.

Estos últimos, los que seguramente ignoren la crítica de Fuentes, en caso de que lean *La impostura freudiana* —cosa ya de entrada poco probable, por la habitual inclinación humana a no prestar oído a lo que no se quiere escuchar— la reprobarán íntimamente, rechazando los supuestos —la concepción antropológica y la filosofía de la historia— desde los cuales se ejerce la crítica, pero me temo que sin ofrecer una réplica razonada que se haga cargo plenamente del argumento que en esta obra se esgrime.

Con todo, queda abierta la posibilidad de que algunos de ellos reconozcan en sí mismos la tensión anímica ambivalente que, según argumenta Fuentes, afecta al prototípico paciente freudiano —que somos, en cierto sentido, todos los individuos de la actual sociedad cada vez más meramente económico-técnica—, desmoralizado como consecuencia del desmoronamiento de la vida comunitaria, y, en ese reconocimiento, hagan un esfuerzo por aferrarse a los últimos restos de fuerza moral de ánimo que sin duda todavía les quedan para restaurar su

vida comunitaria y personal, renegando de la alternativa que hasta ahora habían tomado al inclinarse hacia el psicoanálisis, que es la de quedar eximidos de todo sentido de la responsabilidad moral en un mundo que pone las cosas tan difíciles, habida cuenta de la avasalladora presencia de las relaciones económico-técnicas que minan de raíz esa vida comunitaria y personal.

Pues, en efecto, *La impostura freudiana*, sin perder con ello un ápice de rigor analítico, es una obra que no puede ser leída con una actitud meramente teórica o contemplativa, pues exige una decisión práctica entre los términos de la anterior alternativa, en la medida en que de dicha decisión depende a su vez que uno acepte entrar en el juego sugestivo freudiano o, por el contrario, como hace Juan Bautista Fuentes, se niegue taxativamente a ello —y no sólo intelectualmente, sino también moralmente—.

El carácter *radical* de la crítica de Fuentes al que nos hemos referido tiene que ver con el hecho de que ataca implacablemente la clave de toda la —presunta— doctrina freudiana, a saber, la idea de represión, a la vez que desvela o desenmascara la impostura que tiene lugar en la práctica de la terapia con el fin de poder hacer vitalmente asumible por parte de los analizados dicha idea, que tan buenos réditos prácticos les proporciona: los de quedar absueltos de todo esfuerzo moralmente responsable. Por su parte, el carácter *exhaustivo* que asimismo hemos atribuido a la crítica que nos ofrece *La impostura freudiana* tiene que ver con el hecho de que tanto la peculiar construcción teórica en que consiste la idea de represión como el no menos característico diseño terapéutico freudiano sólo pueden explicarse haciéndose cargo de la emergencia histórica de ese individuo al que la institución va a proporcionar los réditos prácticos que anda buscando. Para dar cuenta de ello, Fuentes pone a punto los lineamientos básicos de toda una antropología filosófica y una filosofía de la historia desde las cuales evaluar la modernidad y, particularmente, la inflexión modernista que ésta experimenta en la sociedad y la cultura de «fin de siglo», muy especialmente la de la cosmopolita Viena de finales del S. XIX.

El análisis epistemológicamente intachable de Juan Bautista Fuentes concluye que la idea de represión no es sino la de una relación tautológico-negativa indeterminada entre un presunto deseo infantil puro, que Freud se permite suponer con ocasión de los casos de abuso sexual infantil, y el corolario negativo de la forma normativa moral familiar (el tabú del incesto). Freud sólo habría podi-

do llegar a esta construcción teórica eludiendo toda consideración general acerca de la forma positiva de conformación normativa moral de la afectividad humana, algo que hace con el fin práctico de poder asegurar, en virtud de la idea de la represión y de la supuesta ulterior sustitución engañosa en cuanto que moral del deseo reprimido, la devaluación del valor moral de la vida humana, que era lo que desde el comienzo le interesaba sacar adelante.

Para que los individuos puedan llegar a asumir esta imagen devaluada del valor moral de sus vidas —algo para lo que de antemano están predispuestos, pues en virtud de ello van a quedar absueltos de todo esfuerzo moral por restaurar su vida comunitaria y personal— Freud habría diseñado un formato de terapia, basado en la *sugestión*, que facilita que el paciente se libre de sus escrúpulos morales en la medida en que se velan o enmascaran las acciones que acontecen en el juego pragmático comunicativo en que consiste la terapia de estar sugiriendo y en su caso asumiendo ciertos contenidos que la conciencia moral no puede aceptar. Esto se consigue fingiendo o impostando un presunto desnivel cognoscitivo que libra al paciente de la responsabilidad intelectual y moral respecto de los contenidos expresados y del significado de los mismos que llega a asumirse, desnivel que en la hipnosis toma la forma de una supuesta disociación ampliadora de la propia conciencia, y que en la asociación libre —que no consistiría sino en un refinamiento y depuración de la inicial técnica hipnótica— se mantiene como el supuesto desnivel cognoscitivo o intelectual entre las presuntas asociaciones libres del analizado y la interpretación no menos presuntamente experta del terapeuta.

Pero, a nuestro juicio, la mayor importancia de este libro radica en el sistema teórico que Fuentes despliega sumariamente con el fin de caracterizar la peculiar oscilación anímica ambivalente a la que se encuentra sometido el individuo modernista, en la que inciden la teoría y la práctica psicoanalíticas; un sistema teórico consistente en una antropología filosófica y en una filosofía de la historia que poseen un interés propio por su originalidad, profundidad y alcance —inesperados a tenor del título de la obra—. Esta antropología aborda la tarea que Freud había eludido para poder construir su idea de represión, esto es, la de ofrecer una concepción general de la conformación normativa moral, de matriz familiar, de la vida humana, entendiendo a la familia como la piedra angular de las relaciones comunitarias —consistentes en una forma del apoyo social mutuo— y como aquello en lo cual se basa el carácter virtualmente universal de la comu-

nidad humana. El proceso que llevaría al desmoronamiento de la vida comunitaria y familiar en la cultura social modernista, que Fuentes presenta como la causa del estado de desmoralización en que se encuentra el individuo que acude a la consulta freudiana, consistiría en la tendencia que, con el despuntar de las sociedades históricas, experimentan las relaciones económico-técnicas a abstraerse de la vida comunitaria y a reducirla en sus propios términos, acabando por resquebrajarla; una tendencia que alcanza una escala nueva e inusitada con la modernidad.

Acompasados con este proceso abstractivo y reductor de la vida comunitaria por parte de las relaciones económico-técnicas, aparecen en la modernidad proyectos teóricos y prácticos de una universalidad abstracta, la cual deja ya indefectiblemente atrás sus obligados parámetros comunitarios, radicados en los cuerpos humanos singulares. Y es en el seno de estos proyectos, que cultivan una idea de razón universal abstracta en cuanto que desprendida de sus raigambres somáticas y comunitarias, donde se gesta el formato filosófico de la tautología negativa indeterminada en que consiste la idea freudiana de la represión, particularmente en la modulación que ésta adopta con la concepción de la escena de la seducción como una fantasía desiderativa primordial. Pues, en efecto, esta idea consistiría en la mera reversión negativa abstracta del apriorismo trascendental kantiano según el modelo de dicha reversión que ya se había ensayado en la crisis romántica del pensamiento de Kant —y en particular en la filosofía de Schopenhauer—. Pero entonces, la actitud de rebeldía y de sospecha que, junto con su tendencia a desentenderse de todo esfuerzo moral, caracteriza al individuo modernista del que se nutre la institución psicoanalítica, no es sino la negación abstracta de lo que, tanto en el idealismo kantiano como en la sociedad económico-técnica, ya era una negación abstracta de los cuerpos humanos singulares reales, con la radicación comunitaria que los constituye humanamente. En esa medida, el individuo modernista, prototipo del paciente freudiano, habrá perdido de vista las alternativas positivas reales comunitarias y personales, plenas de sentido, desde las cuales cabe resistir al vacío generado por la expansión de las relaciones económico-técnicas, vacío frente al cual sólo sabe rebelarse abstracto-negativamente, con lo que se limita a reproducir el estado de cosas por dicho vacío generado.